

CAPITULO XIII.

La laguna de Chapala.

A distancia de trece leguas de la bellísima ciudad de Guadalajara, cuna de hombres ilustrados, francos y corteses, donde tantas muestras de aprecio me dispensaron sus finos habitantes cuando tuve la dicha de pisar aquella poblacion de suntuosos edificios, se extiende como un inmenso mar, la grandiosa laguna de Chapala, la mayor, la mas hermosa, la mas admirable de todas las de América. Su longitud, desde la orilla de Jocotepec hasta las haciendas llamadas Moreñas, es de treinta y dos leguas, ostentando en sus fértiles orillas dos cordilleras de pintorescos pueblos cubiertos de verdura,

de árboles y flores que realizan los fantásticos jardines de las hadas, orlando las misteriosas márgenes de un lago encantado. El agua siempre limpia y trasparente de este delicioso mar chapálico, como acertadamente lo llama uno de sus mas ardientes y entusiastas hijos de Jalisco, mi malogrado amigo y apreciable abogado D. Pablo J. Villaseñor, á quien la poesía mexicana es deudora de muchas y recomendables producciones, tiene la ventajosa circunstancia de ser potable y de excelente calidad.

En medio de esta hermosa laguna, joya de inestimable precio, que adorna la deliciosa, rica y floreciente provincia de Guadalajara, se levanta como la Vénus al nacer de la espuma de los mares, la risueña isla de Mescala, presidio de los hombres altamente criminales, llena de cultivadas huertas y de animados talleres, donde trabajan con cuidadoso empeño los alegres confinados.

La inmensa extension de este mar de dulces aguas, sobre el cual pudieran navegar los buques de mayor porte, pues cuenta

treinta varas en su mayor profundidad, y ocho en su menor, encierra en sus brillantes senos los mas sabrosos y delicados peces que adornan la mesa de los grandes y los pobres.

Cuando por vez primera visité ese gran lago encerrado entre fértiles campiñas y magníficas haciendas, conocí que cuantos elogios me habian hecho de él, quedaban muy lejos de la verdad, pues aun los mismos geógrafos, incluso Balbi, llevados sin duda de agenos informes, apenas le conceden la mitad de la extension que ocupa.

Dado á conocer el punto en que van á tener lugar algunas escenas de nuestra historia, volvamos á reanudar el hilo de ella.

Era una hora despues de haberse ocultado el sol; millares de cintilantes estrellas brillaban en la azulada bóveda del cielo como otros tantos ojos de la Providencia que observan las acciones de la criatura humana. Una canoa, ligera como el vuelo de las aves, se deslizaba sobre la tranquila superficie de la dormida laguna, impelida por el toseco remo de un indio que, de vez en

cuando, y con cariñoso interes, fijaba sus ojos en otro personaje de gallarda presencia, que triste y en silencio marchaba de pie á su lado. Ninguna otra barquilla se descubria sobre la plateada superficie de aquel mar delicioso que, como un diáfano espejo, retrataba en sus cristalinas ondas los futurantes astros de la noche que bordan la régia alfombra del divino alcázar del Supremo Hacedor.

La calma y la tranquilidad envolvian aquel escogido oasis de la creacion. Las aves dormian, oculta la cabeza debajo de las pintadas alas, en las ramas de los frondosos árboles que sombreaban la orilla; solo el dulce trovador de las selvas de América, el misterioso cantor de la noche, el melancólico zenzontle elevaba sentidos y melodiosos trinos á la sublime naturaleza que se mezclaban con el acompasado golpe que producía el remo al romper el agua.

—Descansa un momento, Pablo, para que recobres tus fatigadas fuerzas.—Dijo el

hombre que iba junto al indio—hace rato que remas, y aun nos falta un gran trecho.

—No estoy cansado, señor amo; y además el deseo de servir á su merced me da *ánimos* para todo.

—Estoy convencido de ello, y por lo mismo no sé cómo pagar tus leales servicios.

—Antes yo soy el que sale debiendo á su merced.

—¿Tú? ¿Por qué?

—¡No me salvó su merced de ser fusilado!

—Sí; pero esa deuda me la pagaste con usura, dejándome salir de la casa del Recreo en que me encerró Rossi.

—No hay *comparanza*, señor amo, entre un favor y otro: del encierro se sale, pero no del *joyo* (1), pues ya sabe su merced, que la vida no retoña.

—Sin embargo, tú comprometiste la tuya favoreciendo mi fuga, pues estoy seguro de que no te perdonará aquel paso el vengativo Rossi.

—Mientras sirva yo á su merced, nada

(1) Término muy usado por la gente baja en vez de la palabra tumba.

temo de ese *zaragate* (1) que de *al tiro* (2) ha perdido la vergüenza.

—Es un bribon que deslumbra á las gentes sencillas con su fingido patriotismo.

—Un *lépero* que tiene méritos sobrados para formar una *mancuerna* (3), pues mas de cuatro conozco yo que arrastran el grillete con menos motivos que él.

—Tienes razon; pero no nos ocupemos de semejante personaje, y tratemos de lo que á mí me interesa.

—Dice bien su merced. Pero ¿no *devisa entovia* su merced ningun bulto en la orilla?

—Nada.

—A ver si yo que tengo ojos de *tecolote* (4), *deviso* algo.

Y Pablo, suspendiendo por un instante el remo, se puso á mirar hácia la orilla, de la cual estaban ya cerca.

(1) Pillo redomado.

(2) Completamente.

(3) *Mancuerna* llaman á la union de dos presidiarios que en México van unidos por un pié á la misma cadena, sin que se separen ni para dormir, ni para trabajar.

(4) *Tecolote* llaman al mochuelo.

- ¿Descubres lo que deseo?
- Por mas que *pelo el jalisco* (1) nada veo.
- No habrá venido: ¡soy tan desgraciado!..
- Todo está enteramente *sólido* (2).
- ¡Viaje inútil!
- Pero no:—dijo Pablo con alegría:—allí veo estar *silencio* (3), un bulto por el *chigo* (4) de una mujer.
- ¿En dónde?
- Allí—dijo el indio extendiendo el brazo, y señalando con el dedo hácia tierra.—
- ¿No le ve su merced?
- Sí.... es verdad.... y efectivamente parece una mujer.
- Sino que está *silencio* como una *estátua*.
- Rema, y acerquémonos á ver si es ella.
- Me *chisparé* (5) la frazada para remar *mas mejor*.
- Dijo Pablo despojándose de la manta en que iba envuelto, y poniéndose á remar con

- (1) *Pelar el jalisco*: mirar de hito en hito.
- (2) *Sólido*, por solo, sin gente.
- (3) *Silencio*, quieto.
- (4) *Chigo*, semejante, parecido.
- (5) *Chispar*, desprender, soltar, etc.

todo vigor. Luego, volviendo á tomar la palabra, siguió hablando á la vez que remaba.

—Yo no sé cómo *quiere* su merced á una mujer que de *al tiro* se muestra *polinaria* (1).

—¿No te ha sucedido nunca querer á quien no te ha correspondido?

—Nosotros los plebeyos de la plebe no entendemos nada de eso, señor amo: cuando nos *nace* (2) querer á una, nos metemos de *al tiro*, y si no corresponde á buenas, la obligamos á *chaleco* (3).

—Pero ¿qué harías si por ejemplo amases á una que no te correspondiera, y á la cual no pudieras obligar por la fuerza ó á *chaleco* como tú dices?

—Lo que le puedo asegurar á su merced, señor amo, es que no me *atorarian* sus deseos, porque con un trago de *chingre* (4) ó de *tlamapa* (5) se me irían las penas.

- (1) *Polinaria*, ingrata, esquivada.
- (2) *Nace*, tener voluntad, desear.
- (3) *A chaleco*, por fuerza.
- (4) *Chingre*, aguardiente de caña.
- (5) *Tlamapa*, nombre que muchas veces dan al licor llamado pulque.

—Dichoso tú que puedes hacer eso. Yo, si no de la manera que tú dices, si lo he intentado por medio de la razon; pero mi cariño ha superado á todas mis reflexiones. Antes de salir de México y de emprender este viaje, consideré que mi imprudente paso en venir al sitio en que vive la mujer que amo, era indigno de mí, pues con él me expongo á turbar la paz y la tranquilidad de un digno matrimonio; pero una imperiosa necesidad de calmar la inquietud de mi corazon, un desasosiego inaudito que me lastimaba el pecho, nacido del temor de haber sido despreciado, vendido por ella, una rebeldía interna de la naturaleza contra la razon, me han obligado á venir para ver si logro tener una entrevista con ella, y oigo de sus labios que no me aborrece, que me ama en secreto.

—¡Pobre amo mio!

—Sí, compadéceme, Pablo. El amor es una cosa indefinible. Tú sabes los esfuerzos que he hecho para curarme de esta enfermedad llamada pasion: tú me has visto entregarme, por todos los pueblos que he-

mos atravesado, á los placeres y á las diversiones, con el único fin de no pasar adelante, y de permanecer lejos de la mujer que adoro; pero todo ha sido en vano, porque aquellos mismos placeres, sin ningun trabajo conseguidos, me hacian conocer mas y mas el precio del cariño del ángel puro que yo amaba. Solamente Matilde, esa jóven actriz, á quien sin querer he hecho desgraciada, pudo hacerme creer por un instante en la felicidad: su hermosura, su semejanza con Luisa, deslumbraron mis ojos, pero no pudieron, por desgracia, cautivar mi corazon!

—¡Y crea su merced, que me *cuadraba* mucho la comediante. ¡Y con qué *perfeccion* trabajaba! Sobre todo cuando traen muerto á su hermano D. Justo Talavera.

—Bustos Tabera, querrás decir.

—Eso es. Pero ¿no descubre *entovia* nada su merced?

—Sí; el bulto se mueve, y es sin duda una mujer.

Pablo volvió la cabeza suspendiendo en el aire el remo, y exclamó:

—¡Es ella!

El bulto que, al parecer habia estado esperando la canoa, se acercó á largos pasos á la orilla, casi al mismo tiempo que atracaba la barquilla.

Pablo saltó á tierra para afianzar en ella la cuerda á que estaba amarrada la canoa, y en seguida hizo lo mismo el otro personaje, que corrió al encuentro de la mujer que venia hácia ellos.

—¡Juana!

Dijo el arrogante caballero, reconociendo á la que se acercaba.

—Mucho ha tardado vd., D. Miguel: hace una hora que estoy esperando.

—¡Y Luisa? ¿Le has dicho que deseo hablar con ella para no volverla á ver en mi vida; que anhelo oír de sus labios que no me aborrece, que no fué ella la que armó el brazo de su esposo para herirme?

—Todo se lo he dicho; pero nada he alcanzado.

—¡Me niega esta gracia que no la compromete, que ningun sacrificio le costaba!

—Me ha dicho que sus deberes le sepa-

ran de vd., y que no puede escucharle sin faltar á la obligacion que como buena esposa y amante madre tiene.

—¡Siempre vanos pretextos!

—Pero no hay que desesperar.

—¿Tienes tú alguna esperanza?

—Sí.

—¡Cómo! habla.

—Dentro de unos dias debe salir D. Fernando hácia Tampico, á reunirse con las tropas que se disponen á rechazar á los españoles, y entonces, una noche, con cualquier pretexto, yo haré de modo que entre vd. sin que los criados adviertan la mas mínima cosa.

El ruido de alguna persona que se acercaba por detras con sigilo, obligó á Juana á interrumpir la conversacion.

—¡No ha oído vd. ruido, D. Miguel?

Dijo la criada con muestras de inquietud.

—Sí; me pareció que se escuchaban pasos entre las hojas de esa enramada.

—¿Si nos habrán espiado? ¡Ay!.... ¡entonces soy perdida!....

—Voy á ver; nada temas.

No bien pronunció estas palabras, voy á ver, se escucharon claramente los pasos como de alguno que huía. Juana se puso pálida como la muerte; Miguel se metió en la maleza, separando las ramas, mientras un cuerpo se deslizaba como una culebra, perdiéndose entre las sombras de los árboles que cercaban una risueña y elegante casa, que á distancia como de un cuarto de milla se elevaba.

—¿Ha visto vd. á alguno?

Preguntó Juana viendo volver á D. Miguel.

—Sí; era un hombre que ha desaparecido por entre los árboles que circundan la habitacion de Luisa.

—¡Dios mio!.... huyan vdes.: sin duda es un criado que al notar mi falta, me ha seguido, y que ahora le estará contando á D. Fernando nuestra conversacion.

—Pero escucha....

—Nada, nada; ¡adios!.... voy antes de que nos sorprendan.

Y Juana echó á correr sin detenerse un

instante, desapareciendo á poco por el mismo sitio que habia llevado el hombre.

—Hemos hecho el *viaje del vidriero* (1).— Dijo Pablo al notar el inesperado desenlace de aquella entrevista.—Vámonos, señor amo, no sea que salga D. Fernando con sus *rancheros* (2), y nos hagan *atole* las costillas.

—¿Temes?

—Por mí, no, señor amo, que ya *está hecho el cuero d pulque*; pero temo por su merced y por la niña Luisita á quien pudiéramos comprometer permaneciendo aquí.

Miguel pesó toda la fuerza de esta última reflexion; pero el sentimiento de alejarse de aquel sitio, cerca del cual respiraba el objeto de su amor, le retenia allí á pesar suyo.

De repente se oyó como el ruido de varios remos que cortaban con rapidez el agua. Pablo, cuyo receloso oido vigilaba temiendo una sorpresa, dirigió la vista há-

(1) Frase que se usa para significar que nada se ha adelantado.

(2) Nombre que se da á la gente del campo: se deriva de la voz *ranchero* que equivale á aldea.

cia donde aquel se oía, y desamarrando á toda prisa la canoa, exclamó.

—Entre su merced, señor amo; entre su merced corriendo, que nos rodean con las canoas,

Miguel miró hácia la laguna, y al ver que, en efecto, se deslizaban con el mayor silencio varias canoas, saltó á la suya, preparó un par de pistolas que á prevención llevaba, y dijo:

—Rema, y verémos quién se atreve á cerrarnos el paso.

Al ver los que en las otras embarcaciones iban, que habian sido descubiertos, violentaron mas y mas su marcha para dar caza á la de Pablo; pero éste, impulsado por el deseo de servir al hombre á quien debía la vida, hacia esfuerzos sobrehumanos para no ser alcanzado.

Sin embargo, los que les perseguian llevaban mas remeros y era preciso que les cerraran el paso: Miguel lo conoció y se dispuso á luchar á todo trance.

A los pocos instantes se acercó una de las canoas por el costado.

Pablo redobló sus esfuerzos.

—¡Alto ahí!

Exclamó un hombre, arrojando desde su canoa la temible reata, formando lazo sobre Miguel, que se sintió estrangular por la formidable cuerda que le sujetaba.

Pablo, al verle próximo á caer al agua, soltó el remo para auxiliarle; poco despues sonaron dos tiros, á los cuales siguió el ruido de un cuerpo que cayó á la ancha laguna.